

HAZRAT MIRZA BASHIR-UD-DIN MAJID-UL-AHMAD: *El camino hacia la paz* (La estructura económica de la Sociedad islámica. Estudio comparativo del Islam en relación con el comunismo). Madrid, 1948, 115 págs.

Traducidas y presentadas por Karim-ud-Din Zafar, representante en España de la comunidad Admadiyya de Lahore en el Pakistán, se reúnen con el título general de *El camino hacia la paz* unos conferencias dadas por el jefe actual de esa comunidad, sobre la estructura económica de la sociedad islámica, y el estudio comparativo del sistema del Islam en relación con el comunismo. Ambas van precedidas por una extensa introducción que encaja esa cuestión dentro de la más palpitante actualidad internacional. Recordando cómo la serie ininterrumpida de calamidades y catástrofes de esta post guerra tiene por causas principales el error de querer solucionar todo mediante el racionalismo y el sentido materialista del ansia de poder, la Admadiyya (que es una organización pacifista), ve la causa del desbarajuste en dos olvidos. 1.º Olvido en lo político de la unidad del género humano. 2.º Olvido de lo mismo en lo social.

El punto de partida de todo pensamiento musulmán en política, economía o sociología, es la verdad de que la propiedad, la soberanía y el poder pertenecen únicamente a Dios; así, pues, cuando lo corresponde a alguien la facultad de gobernar, ésta le confiere solamente un mandato a través de la comunidad. Esas verdades son muy semejantes a la doctrina tradicional española de la justificación del poder, con origen profundo en Dios y origen próximo en la comunidad política. Pero Hazrat Mirza lo articula en cuatro puntos: 1. Establecer que la conveniencia de la comunidad es la principal condición en los preceptos del Estado. 2. Formular el principio de que el privilegio de gobernar no es un derecho, sino un depósito. 3. Declarar que el progreso justo para todos debe ser el ob-

jetivo del Gobierno. 4. Exigir a los gobernantes que sean siempre jueces imparciales entre los intereses en pugna.

De aquí se deriva el hecho de que todos los sistemas sociales aparecidos entre los musulmanes tengan por objeto refrenar las tendencias a las desigualdades de sus adeptos. Esto no lo hace apretándolos unos contra otros como partes de una masa, ni tampoco los arrastra a un nivel más bajo. El Islam fomenta el desarrollo de la libertad y del individualismo, pero intenta restringir el deseo de amasar indebidamente grandes fortunas. Lo hace prohibiendo ciertas formas de disfrutamiento; vedando los planes comerciales que produzcan un beneficio libre de riesgo, estableciendo la «Zakat el Jumu» y otros sistemas de caridad obligatoria, y, por último, mediante las reglas sobre distribución de herencias. Así, pues, el sistema económico islámico está provisto de una especie de poderosas automáticas que entran en acción en el momento en que un momento particular de riqueza empieza a tomar forma, y sigue actuando hasta después de la muerte de sus poseedores.

Aplicando dichos principios a la vida internacional, se deduciría de ellos que ninguna gran potencia imperialista tiene derecho a acumular poder, y que ningún orden social o filosofía política deban transformarse en instrumentos para sojuzgar a los pueblos. Tanto el capitalismo como el sistema comunista, son en eso muy diferentes de los principios que Hazrat Mirza Ud-Din expone. Porque ambos coinciden en el estatismo exagerado.

En la interpretación del sistema comunista que el jefe de la comunidad Admadiyya hace al final del libro, se ocupa especialmente de analizar los aspectos

tos económicos de ese sistema, considerando desde una perspectiva netamente alcoránica, y apunta también contradicciones entre el principio teórico de igualdad y las realizaciones informes del capitalismo de Estado. Como conclusión, se proclama que los Ahmadíes no son enemigos de nadie, y que cualesquiera que sean los sistemas económicos políticos o sociales que prevalezcan, respeten los valores eternos del hombre.

El interés de este libro *El camino ha-*

*cia la paz*, es documental, porque presenta una muestra selecta del moderno pensamiento en el Pakistán, que es el país musulmán con más habitantes. Aunque la Ahmadíyya es una rama que nada tiene que ver con los Sunnitas maleki, hanefí y chafei del Norte de Africa, pero por su actual dinamismo merece conocerse en una de sus obras representativas.

R. G. B.

VICTOR SCHOELCHER: *Esclavage et colonisation*. Collection «Colonies et Empires». Presses Universitaires de France. París, 1943. 218 págs.

Bajo la dirección de Ch. André Julien, y bajo el título general de «Colonias e Imperios», se están publicando ahora a la vez en París cinco series de libros sobre cuestiones coloniales que representan una de las mayores realizaciones de las «Presses Universitaires». La primera serie, *Estudios Coloniales*, se compone de libros con carácter documental, sobre temas de ese género, franceses, de otros países o internacionales (hay en ella estudios sobre las colonizaciones italiana y alemana por alemanes e italianos).

\* La segunda serie: *Los clásicos de la colonización* contiene escritos de figuras francesas célebres (como Jules Ferry, Champlain, Bugeaud, Gallini, etc.).

La tercera es la *Historia de la expansión y la colonización francesas*.

La cuarta, *Geografía de las Colonias y de la Unión francesa* (en la que se han publicado ya libros sobre el Sahara, el África negra y el Asia francesa). Y la quinta, *Arte y literatura*, anuncia una antología de la poesía negra contemporánea de lengua francesa.

El volumen de Víctor Schoelcher pertenece a la serie segunda. Schoelcher fué el más destacado paladín en Francia de la abolición de la esclavitud. En 1848 (después de caer el régimen del Rey Luis Felipe), presidió la comisión ministerial que preparó el decreto de emancipación de los negros, e hizo triunfar sus puntos de vista. Su campo de acción principal durante la época preparatoria de 1830-1848, fueron las Antillas, que eran entonces las principales posesiones

francesas con población negra, pero en sus obras doctrinales, como la que aquí se reseña, trataba el problema negro desde un punto de vista general.

*Esclavage et Colonisation* se publica ahora como homenaje a su autor en el primer centenario de su realización abolicionista. La presentación ha sido confinata paralelamente a dos escritores de formación universitaria y especialización semejante, pero con perspectivas muy diferentes que se complementan precisamente por su misma divergencia. Uno de ellos es Aimé Césaire, ex alumno de la Escuela Normal Superior de París, profesor de francés, latín y griego, poeta de verbo abundante y además hombre de color descendiente de esclavos negros. El otro es Emille Tersen, historiador de puro origen francés, especializado en estudios de historia africana e investigador y comentarista de textos en idiomas de Nigricia. El primero hace la presentación de Schoelcher y su obra, con tanto ardor como si el dolor de sus antepasados que trabajaban bajo el látigo estuviese aún vivo dentro de él. El segundo, hombre del Norte habituado a las frías exigencias de la Historia, contiene su emoción cuando objetivamente analiza y comenta al margen el texto de la obra de Schoelcher. Un prólogo del director de las colecciones «Colonies et Empires», Ch. A. Julien, completa todo esto, señalando las conexiones de la cuestión del siglo XVIII y siglo XIX, con las modernas cuestiones de colonialismo, subversión negra, asimilación, segregación racial, etcétera, y poniendo en guardia contra

las exaltaciones racistas lo mismo cuando vienen del lado blanco que al proceder como reacción del lado negro.

*Esclavaje et Colonisation* resulta de un interés más histórico que reciente y más francés que universal, pero a pesar

de esas limitaciones su reedición puede ser útil para los coloniales actuales como obra simbólica que resume una época entera.

R. G. B.

AHMED MEDINA: *Majmarat El mutalea el horra*. (Trozos escogidos para la atenta lectura libre). Asociación del Estudiante Marroquí, Sección de cultura. Tetuán, 1366-1947 (104 págs.).

Durante los últimos tres años la cuestión de la enseñanza ha llegado a ser la más importante de la Zona julfiana del Protectorado español, porque en ella se han concentrado casi todos los esfuerzos de adelanto político, económico y social. Por la convicción de que el desarrollo de la capacitación técnica de los marroquíes, en todos los órdenes, es la perfecta realización de la labor protectora más eficaz. Así, en algunos aspectos, como, por ejemplo, el del bachillerato, la enseñanza femenina, etc., está ya la Zona del Jalfa más adelantada que otras comarcas norteafricanas próximas. Pero no puede olvidarse que las magníficas instituciones educativas oficiales tuvieron como precursoras algunas iniciativas privadas musulmanas, entre las cuales descollaron la Asociación del Estudiante Marroquí, y el Instituto Libre que se adelantaron en su tiempo.

Hay esas dos organizaciones, adaptándose a las nuevas tendencias de la enseñanza marroquí (que es la producción de textos escritos e impresos en el país) han emprendido la publicación de una serie de obras de lectura y ampliación cultural. El primer tomo es original de Ahmed Medina, es decir, de uno de los más representativos miembros del joven Marruecos, con triple cultura marroquí, egipcia y española. Ahmed Medina, que además dirige la revista de arte y literatura *Al Anuar* («Las Luces») en Tetuán.

Sus trozos escogidos para la atenta lectura libre van dedicados al Jalfa como promotor de la enseñanza. Luego recuerda el discurso en que el Sultán ex-

hortó a la labor cultural de modernización. Sigue un texto del profesor Torres sobre el valor del libro como fundamento de la educación. Después se suceden los textos sobre motivos de historia, ciencias físicas, geografía, deportes, biografías en relación con Marruecos, España, Levante árabe y Europa. Apareciendo las figuras de Al Mutanabbi, Ibn Yaldun, León el Africano, Muley-Ismael, don Sebastián de Portugal, Ibn Batuta, Nobel, etc.

Entre todos esos temas merecen especial mención, por la extensión que ocupan y el efecto con que se exponen, lo del Andalus, o sea la antigua España musulmana. Córdoba, Sevilla, Granada, generalidades sobre Andalucía de Aben Saïd, Averroés, Al Rusafi, etc. Demostrándose así que el nexo principal que une a Marruecos con España es ese recuerdo vivo andalucista con la fuerza de los lazos familiares.

Al lado de esa antigua faceta evocadora, presenta la obra unas muestras escogidas de la nueva generación poética marroquí contemporánea con los nombres representativos de Abdallah Guennun, Ali al Fasi, Hussein Rabati, etc.

Así, el reseñado librito, a pesar de su pequeña extensión, tiene con el aversa de utilización práctica escolar, y el reverso de empeño en fundir el arabismo clásico con el actual, un típico estilo del Marruecos más reciente, que es el afán de no perder ningún tesoro cultural de cualquier época ni procedencia.

R. G. B.

ANGEL FLORES MORALES: *Atlas-Sus-Dra*. Estudio geopolítico de las regiones del Marruecos meridional francés que se asignaban a España en el proyecto de Tratado de 1902. Madrid, 1933. I. D. E. A. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). 1 vol. de 162 págs. Precio: 18 pesetas.

La literatura española de carácter geográfico sobre las regiones meridionales de Marruecos, era mucho más extensa durante el período decimonónico de comunicación y xenofobia, que ahora cuando se puede llegar en automóvil al último rincón del Imperio. La división del país en dos desiguales pedazos, apartó a los españoles del conocimiento del mayor, para el que utilizaban las obras francesas. Por eso, nos satisface tanto la aparición de esta obrita, reflejo de un interés nacional que nunca desapareció. Es además una obra de un técnico que ha recorrido el escenario descrito, lo que añade valor a los datos en ella consignados. Nos tememos, sin embargo, que el tiempo transcurrido desde esos recorridos (de 1931 a 1935), y las anomalías mundiales posteriores, hayan hecho envejecer al relato en sus aspectos estadísticos, sin posibilidad de puesta al día.

La obra comienza destacando el error entre la versión publicada en el *Diario de Sesiones* del Congreso, y el texto real del nombrado Tratado de reparto de influencias en Marruecos de 1902. Si el señor Flores hubiera accedido al texto que en su día publicó *Le Correspondant*, recogido entre nosotros por Gómez González, y a los datos de los «British Documents on the origins of the War», su

perplejidad hubiera sido grande. Sobre lo que pudo y debió ser, pero no fué, se cierne más que silencio, confusión, quizá deliberada.

Luego vienen tres partes, en las que se estudian las regiones del Atlas (no todo su sistema, sino la parte meridional). Sus y las zonas del Draa. En la primera parte, estudia el conjunto geográfico, la geología, razas y poblaciones, idiomas y los núcleos urbanos, destacando tres: Agadir, Inmal y Telnat. En la segunda, consigna datos históricos y geográficos, de población, economía y política, con estudios particulares sobre Tazernalt, Tiznit, Tarudant y la figura de Ma-el-Ainin. La tercera, se subdivide en tres grupos: uno sobre geografía del Alto y Medio Draa (montes, ríos, flores y faunas, población, historia, política y cartografía). Otro sobre los «distritos» de Mesguita, Ait-Sedrat, Ait-Serri, Tinsulin y Ternata. La cuarta y última sobre las tribus árabes del Draa (los Ulad-Yahia y los Roha).

Un vocabulario árabeberber y una pequeña, pero selecta lista bibliográfica completan el libro, en cuyo texto aparecen intercalados planos, estados numéricos de tribus e interesantes fotografías.

J. M. C. T.

*Aspectos del problema Sudanés:* (I): Survey of the Anglo-Egyptian Sudan, 1898-1944, por K. D. D. Henderson. Londres: Longmans, 1946, 1 fol. de 64 págs.—(II): Egypte-Sudan: Recueil des Documents, por el Ministerio de Asuntos Extranjeros. Cairo: Imprimerie Nationale, 1947, 1 fol. de 102 págs.—(III): Status of the Sudan, por el Comité de Expertos de la Presidencia del Consejo de Ministros. Cairo: Government Press, 1947, 1 fol. de 26 págs.—(IV): The Unity of Egypt and the Sudan; the legal aspects of the case. Por el mismo Comité. Cairo: Government Press, 1947, 1 fol. de 32 págs.—(V): Egypt-Sudan, 1 fol. s/s ni p/i, 76 págs.—(VI): Le Soudan Egyptien (1821-98), por M. Sabry. Cairo: Imprimerie Nationale, 1947, 1 vol. de 214 págs.—(VII): The unity of the Nile Valley, por Abbas Aminur, Cairo: Government Press, 1947, 1 vol. de 26 págs.

Ofrecemos a los lectores de los CUADERNOS una selección de publicaciones recientes sobre el ya espinoso problema

sudanés. La primera es británica y todas las demás egipcias, que a diferencia de aquélla son oficiales u oficiosas. Es 16-

giao que los ingleses que cuentan con una excelente bibliografía sobre los misterios, no tengan excesivo interés en ampliarla, ya que su postura pública es la defensiva del *statu quo*, interpretado y aplicado desde 1906 en su beneficio unilateral. Los egipcios, por el contrario, un poco rezagados en el pasado, quieren ganar el tiempo perdido y sobre todo airear los diferentes aspectos del problema que puedan beneficiar a su posición, y conquistarse adhesiones entre los demás países. Todas estas publicaciones, a pesar de su brevedad y de su objetivo polémico, no carecen de valor científico e documental; al contrario, algunas, como las del Dr. Sabry, son un meritorio estudio de un investigador directo y metódico. El opúsculo de K. D. D. Henderson, miembro del Servicio Político del Sudán, nos presenta la obra inglesa en el Condominio, destacando, como es lógico, sus aspectos más favorables: la seguridad en ciudades y campos; las grandes obras hidráulicas y de comunicación; el crecimiento de la población y del ganado; la repoblación forestal y la defensa contra el desierto y la langosta; la difusión de la instrucción; el crédito y el bienestar de la Administración y de la Hacienda; en fin, el camino hacia la Autonomía, iniciado con el respeto a ciertas tradiciones y sistemas preestablecidos, e impulsado mediante la creciente participación de los sudaneses en la tarea de gobierno propio, hasta la creación de un Consejo Consultivo para el Norte, que comparte —según el autor— esas tareas con los representantes del poder británico.

El libro, sencillo de relato, y nada recargado con estadísticas o textos oficiales, se lee con gusto. El lector queda con la impresión de que, en efecto, el Sudán ha progresado bastante desde 1898. ¿Sólo por la obra inglesa? En todo caso, es evidente que el Sudán ha pagado a sus benefactores, con su contribución económica y de sangre durante dos guerras. Por lo demás, del libro se desprende que el Sudán desea su autonomía dentro del Imperio, con buena voluntad y vecindad hacia Egipto, pero nada más. Y que el Sudán del Sur, por estar más retrasado, no podrá alcanzar esas etapas en igual tiempo ni con iguales métodos. En ello coinciden parcialmente ingleses y microneses del «*Quinn*» de Yagub Os-

man, contra la tesis egipciológica del «*Asshi-gan*».

Los otros libros atacan diversos aspectos de lo que con un lenguaje actual llamaríamos «el caso sudanés». El Sudán, no era una *terra nullius*, en 1898. Era un pedazo del Jevivato de Egipto, civilizado por los egipcios desde tiempo inmemorial y que estaba y sigue, legado a su vecino por vínculos indestructibles. El Valle del Nilo es una unidad natural perfecta, geográfica, económica y humanamente. El Nilo es común y vital a los dos países; Inglaterra sólo tiene intereses imperialistas, ya caducados o meramente reducidos al aspecto financiero, de inversiones que de todos modos quedan garantizados. Cuando los ingleses fueron al Sudán, lo hicieron como auxiliares al servicio de Egipto; no como conquistadores. El Condominio de 1898, pactado cuando Egipto estaba bajo la ocupación inglesa, no tiene razón de ser hoy. Lo mismo que Egipto es independiente desde 1922 (1936), el Sudán tiene que liberarse de presencias extrañas. Además, los sudaneses prefieren a sus hermanos de religión y raza. En el estudio del señor Sabry, se desliza una nostalgia expansiva, recordando la presencia egipcia en Uganda, Somalia, Danalia y Harrar.

En el terreno del Derecho internacional, las tesis de los autores expertos son tanto más discutibles y resbaladizas cuanto más audaces. La Convención de 1899 que califican de «dictado» inglés, es nula por lo que al Sudán se refiere. La soberanía egipcia ha permanecido intacta, sin más restricciones que las derivadas en el ejercicio de actos administrativos por la intromisión inglesa. No hay una nacionalidad sudanesa, y los poderes derivados de las concesiones judiciales en favor de agentes británicos, han caducado desde 1914 cuando menos. Muy radicales son estas aseveraciones que aquí nos limitamos a consignar, como expresión del sentir de un pueblo viejo y joven, que se desespera y pretende gozar la totalidad de los derechos de miembros de la Comunidad de Naciones. Nosotros, comprendemos como españoles estos anhelos, y deseamos una solución pacífica y justa, del litigio, buena para Sudán y para Egipto.

J. M.º C. T.

Con un vigor y una sinceridad nada comunes, M. Henry Bénazet muestra en *L'Afrique française en danger* que ese puede ser imparcial sin por ello ser neutral. Por otra parte, en su afán de inclinarse con toda libertad de espíritu sobre los problemas del Norte de África francesa, sabe mantenerse a igual distancia de los defensores de un colonialismo caduco y de los propagandistas de una independencia inmediata. Aunque sólo fuera por haber triunfado en estas dos pruebas del fuego, su obra merecería señalarse como una de las más interesantes que se haya publicado en Francia durante la posguerra sobre el tema de los territorios ultramarinos. Sin embargo, otros méritos —una valiosa documentación inteligentemente utilizada y una excelente exposición—, tiene esta obra que es digna de ser estudiada en todos sus aspectos, incluso algunos erróneos en nuestra opinión. Por ejemplo, cuando M. Henry Bénazet sustenta que Argelia no es ni puede ser una nación, porque no lo era antes de la ocupación francesa. Este razonamiento, por qué no, conducirá a negar que las Repúblicas suramericanas puedan ser naciones. *Per si muove!* No precisaba M. Henry Bénazet apelar a este argumento para que se ponga en duda la viabilidad como nación independiente de Argelia en su estado actual.

Esta conclusión se deduce de la primera parte de su obra dedicada a Argelia, y en cuyos capítulos traza, hábilmente entrelazada, la historia de la política, mejor dicho, de «las políticas» de Francia en ese territorio, y la del despertar de un separatismo que adoptó en su origen la forma de un renacimiento religioso, como protesta contra las intromisiones de Francia en materia de culto, justicia y enseñanza. Asimismo admite cifras al apoyo, que la política social y económica de Francia en Argelia ha fracasado. Las grandes fortunas logradas por ciertos colonos y musulmanes ocultan la miseria creciente de un país carente de industria porque la Metrópoli quiso conservarlo para mercado de sus produc-

tos manufacturados, dice M. Bénazet.

Planteado el problema en estos términos, se ve cuán abonado tenían el terreno los partidos nacionalistas de diversas tendencias, cuya formación, evolución y luchas relata M. Henry Bénazet, sin omitir los sangrientos sucesos de mayo de 1945, sin silenciar la cruenta represión de los mismos. Termina su estudio en la fecha de la promulgación del Estatuto argelino, cuyo contenido detalla, y del que opina que es una fórmula que permite la convivencia de dos grupos decididos a permanecer independientes, una vez fracasada y rebasada por los acontecimientos la solución asimilacionista.

En cambio las reformas Mons de agosto de 1947, para Túnez, ofrecen a M. Henry Bénazet perspectivas menos tranquilizadoras, pues tienen el vicio de origen de que no pueden ser tomadas en serio. Ello le conduce a reclamar el cambio radical del sistema aplicado en esa Regencia que Francia ha convertido en Protectorado de hecho, en contra de lo estipulado en el Tratado del Eardo. Este es el argumento básico, al que se adhiere, esgrimido por Destur y el Neo-Destur, cuyas historias se confunden con la de Túnez desde 1920, fecha de la publicación de *La Tunisie martyre* por el Chej Taalbi. La postura de M. Henry Bénazet frente a Túnez es, por tanto, netamente reformista y contraria a la política de Francia en ese territorio. Pide en conclusión la institución de un Parlamento tunecino y el establecimiento de una constitución que garantice en el Estado beylical los intereses franceses. El papel de Francia, opina, debe limitarse a auxiliar a Túnez en lo exterior, siendo este país demasiado débil para caminar sin compañía por las sendas internacionales.

No mejor suerte que las reformas de Túnez tuvieron las iniciadas en Marruecos por el residente Labonne, que levantaron oleadas de protestas por parte de los colonos, los funcionarios y los militares y hasta tuvieron la desgracia de ser acogidas despectivamente por los nacionalistas fundidos en el Istijal, cuyo

programa, aparte de reiteradas adhesiones al Sultán, inscribe la reivindicación «de todas las reformas que pueden convertir Marruecos en un Estado democrático». La dificultad para lograr tal objetivo, observa M. Henry Bénazet, es que la democracia en el sentido occidental de la palabra sólo puede ser mera abstracción en el Marruecos actual. Por ello opina que el plan del general Juin de ir creando progresivamente una Constitución marroquí, preludio de una liquidación del Protectorado por etapas, no es un desacierto. En realidad, el general Juin vuelve en 1947 a la política preconizada por el mariscal Lyautéy en 1920... Ciertamente es que ahora ha de luchar-se contra un nacionalismo efervescente, alimentado por la Liga Árabe, a la que por otra parte atribuye una fuerza de cohesión y atracción que tenemos por supervalorada, y también contra un peligro comunista que mina todo el Norte de África, a su juicio.

No nos detendremos ante la última parte de esta obra que está dedicada a Madagascar, un poco arbitrariamente ligada al Norte de África francesa, y preferimos hacer mención de algunos puntos de interés para los españoles, como es

el de no mencionar la propuesta de acuerdo que en 1902 el Gobierno francés hizo al de Madrid, que era ventajosísimo al reconocer explícitamente los derechos de España a una amplia zona de Marruecos, lo que está en contradicción con la palabra «propina» que M. Henry Bénazet emplea para calificar al hecho de haberse nos asignado un exiguo territorio por el acuerdo francoinglés de 1904, cual si se tratara con tal asignación del ejercicio de una obra de misericordia. Por lo demás, no entresacamos del conjunto de la obra las incidentales referencias relativas a España y a su política norteafricana, ni tampoco queremos enmendar errores u omisiones. M. Henry Bénazet no estaba obligado a incluir a España en el arduo esfuerzo de mantenerse en una postura de absoluto desapego al estudiar el problema que el Norte de África plantea a Francia. No obstante, como tónica de un estado de espíritu del que no tiene la exclusiva, señalamos el temor de que con toda crisis internacional que Francia tuviera que afrontar en el porvenir, hubiese de contar con el despertar de la vieja ambición española».

C. M. E.

ISIDRO DE LAS CAJIGAS: *Minorías étnico-religiosas de la Edad Media española. I: Los mozárabes* (tomo II). Madrid, 1943. Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1 vol. de 508 págs.

En el número tercero de estos CUARTANOS dimos ya cuenta a nuestros lectores (págs. 195-198) de la aparición del primer tomo de este apasionante estudio de las minorías emprendido por Isidro de las Cajigas con paso seguro y con una visión muy nueva de tales problemas históricos. Abarca este segundo tomo todo el esplendoroso califato cordobés, al que siguen muy interesantes capítulos sobre su descomposición y guerra civil, para terminar en el período de los taifas, con su multiplicidad de reinos y maravillosa cultura. A lo largo de tan variadas etapas, la vida de los mozárabes españoles se nos va apareciendo con gran riqueza de detalles. Acaso lo que más pueda sorprendernos es su convivencia con la dictadura de Almanzor y sus hijos, cuyo gran sentido político no consigue detener, sino que acelera, la caída del ca-

lifato andaluz. La intervención tan directa de las grandes masas de bereberes atraídas a la península por el sagaz primer ministro, resulta muy interesante para poder adentrarse por la etnografía de la época de la que teníamos pocos datos, y éstos no muy seguros. Pero Cajigas ha sabido aportar, con su exposición tranquila y reposada, no sólo nuevos datos muy valiosos, sino un método de exposición que resulta siempre claro y convincente.

Esto se comprueba principalmente en su exposición de los reinos de taifas. Este oscuro período de nuestra Edad Media resultaba siempre confuso por la gran cantidad de reinocillos y la inestabilidad de sus dinastías. Pero Cajigas nos hace una ajustada clasificación de todos aquellos gobiernos minúsculos en tres grupos —eslavos, bereberes, andaluces—, y

esto nos permite comprender las diferentes reacciones de los unos con los otros. Aquí es donde encontramos las figuras más interesantes e inesperadas, tales como el primer ministro mozárabe que descubre Cajigas en Zaragoza y sobre todo la curiosísima y multiforme figura del conde Sisnando, del que hace un estudio acabadísimo presentándolo en toda su compleja vida entre civilizaciones antagónicas y culturas tan distintas. Lo muy representativo de estas figuras nos sirve para imaginar otras secundarias que se habrán perdido definitivamente en la noche de los siglos y que, sin embargo, se llegan a adivinar a través de las páginas de este libro.

Y conste que se trata de un estudio perfectamente objetivo, a lo largo de todo el cual conserva el autor una ecuanimidad que lo aleja de toda pasión. Esta serenidad de exposición cautiva prontamente al lector, y como en su primer volumen resulta agradable y fácil su lectura, a pesar de todo el aparato crítico con que Cajigas apoya la más pequeña de sus afirmaciones. Las numerosas y bien dispuestas notas que acompañan a cada ca-

pítulo supone lecturas variadísimas de fuentes, principalmente orientales, que ha manejado con gran soltura y sobre todo con verdadero instinto crítico para saber aprovechar en cada momento lo más útil y preciso.

Este volumen se cierra por muy abundantes índices que ocupan más de cien páginas muy apretadas de lectura. En ellos encontramos la cronología citada en el texto de estos dos primeros volúmenes (páginas 485-513), índice onomástico (páginas 517-549), seguido de su clasificación por categorías, razas, países, etc., una lista muy extensa de toponimias (páginas 551-564), y, finalmente, otra de las locuciones y voces árabes que emplea en el texto con verdadera abundancia (páginas 565-573), ordenadas por el jafifato, en vez del alfabeto, lo que permite comprobar los grupos y familias de no pocas expresiones hispánicas de árabes y bereberes peninsulares. Finalmente, el índice general de los dos tomos, dedicados a los mozárabes, abarca las páginas 575 a 588.

I. B.

LIBRO DE LAS CAJIGAS: *Minorías étnico-religiosas de la Edad Media española*. III. *Los Mudéjares* (tomo I). Madrid, 1948. Instituto de Estudios Africanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1 vol. de 320 págs.

A muy poca distancia del volumen anterior que queda reseñado, ha publicado Cajigas el tercer volumen del amplio estudio por él emprendido en el pasado año. Frente a la cabeza de éste nos da ya el plan general de su obra, que abarcará nada menos que once volúmenes: dos dedicados a *Los Mozárabes* (ya publicados), otros dos a *Los Mudéjares* (de los cuales éste es el primero), tres a *Los Moriscos* y, finalmente, cuatro a *Los Judíos*. Como puede observarse, va a constituir, si lo lleva a cabo, un examen completamente nuevo de algo tan olvidado como son los pueblos minoritarios cristianos entre los dominadores musulmanes de nuestra península, las minorías de mudéjares y de moriscos bajo los reconquistadores cristianos, y sabemos que estudiará a los judíos bajo las sucesivas dominaciones de visigodos, musulmanes y cristianos en nuestro país. Como Cajigas nos va acostumbrando a

que en cada período nos da una síntesis de las diferentes organizaciones estatales de los diferentes Gobiernos, reuniremos un cuadro completo de nuestra Edad Media en la que aún quedan tantas cosas por estudiar y presentar a la investigación moderna.

En este tercer volumen sigue Cajigas el mismo plan que en los anteriores. Se abre el libro por un muy condensado prólogo, sobre el cual volveremos inmediatamente, sigue después el plan de distribución, los cuadros dinásticos musulmanes del confuso período que va desde la caída de Toledo hasta la conquista de Granada (almorávidos, taifas contra almorávidos, almohades, taifas antialmohades y sultanes granadinos), y, en último lugar, una bibliografía de este período, en la que acaso hubiéramos querido encontrar citas de ediciones más modernas como, por ejemplo, la *Cronica de Alfonso III*, del P. García Villada:



Las primeras crónicas de la Reconquista, de Gómez-Moreno; *La Crónica de don Pelayo*, de Sánchez Alonso; las *Crónicas anónimas de Sahagún*, de Julio Puyol, etc. Esto nos hace sospechar que el abrumantisimo elenco de papeletas que maneja Cajigas ha debido de ser recogido hace ya algunos años, cuando aún no se habían publicado las ediciones citadas.

El prólogo tan sugestivo que precede a este estudio acusa ya la sagacidad del expositor y el nuevo sentido que da al problema mudéjar. El desequilibrio de masas de población originado por los avances de los reconquistadores fué produciendo la cuestión mudéjar al mismo tiempo que amenguaba el caso mózarabe. Era casi como una transmutación de los valores étnicos de la península. Pero los mudéjares no tuvieron nunca la fuerza de cohesión de sus antecesores, y ello sirve de pretexto a Cajigas para exponer una valiente teoría, según la cual estos musulmanes rezagados sufrían un complejo de inferioridad considerándose extraños en su mismo país de origen.

Los cuadros cronológicos son de una dificultad de preparación que no todos sabrán apreciar y agradecer como merecen. Parte de estas dificultades fueron ya vencidas por el maestro Codera en su estudio *Decadencia y desaparición de los almorávides*, pero el estudio análogo que tenía proyectado sobre los almohades no llegó a redactarlo, y Cajigas nos llena ahora este vacío conienzadamente.

En cuanto al texto mismo de este tercer volumen, nos presenta no escasas novedades para recomendar su lectura. Estudios etimológicos y sociales sobre el mudéjarismo; la evolución de los Estados cristianos; el extraño paralelismo de las reformas religiosas cristiana y musulmana; la inesperada relación que establece entre los monjes de Cluny y del

Císter con almorávides y almohades, son otras tantas páginas que habrá que leerlas con toda atención. Las mismas figuras del *Cid*, de Alfonso el Batallador o de Emperador y de Alfonso Ramúndez, adquieren nueva vida y nos presentan facetas insospechadas. Otro tanto podríamos decir sobre su estudio de doctrinas de almorávides y de almohades, que ha sabido exponer magistralmente.

El profesor D. Juan de Mata Carriazo ha dicho: «Lo mejor del libro es el dominio soberano con el que está tratada la materia y sus infinitas cuestiones concomitantes. La altura, el desembarazo y la seguridad de la narración y de la interpretación son algo maravilloso. Es que pocas veces puede darse, como en este volumen y su autor, que una materia de suyo complejísima resulte iluminada por focos situados en las más diversas posiciones. Este dominio se manifiesta y corrobora en la facultad de selección, en el despilfarro con el que va eliminando temas y materiales que se ve que están en sus manos y que pugnan por aparecer.»

Con las palabras de tan docto catedrático cerramos estas líneas, que hubiéramos deseado que dieran alguna idea sobre este último estudio de Cajigas. Esperemos ahora el cuarto tomo, que abarcará el reinado granadino, y que se presta para que nos recree con sus especiales puntos de vista y que ilumine las muy confusas y dudosas relaciones de Castilla con el último reino moro de España. Nosotros deseáramos que acelerase la aparición de los tomos que nos anuncia para que prontamente podamos disfrutar su ensayo sobre los judíos españoles, tan lamentablemente olvidados en conjunto por los investigadores modernos.

I. B.

ESSEVIZIK (Hugo Adolph): *Wifra. Handbuch der Angewandten Völkerkunde*.—Innsbrück, 1947. Schönschönbach, Tirolerische Universitäts-Druckerei. 2 vols. de XXII y 1.480 págs.

Estamos ante una obra monumental con pretensiones de poner al día, y de modo exhaustivo y definitivo, los conocimientos occidentales (o europeos) sobre el vecino continente. No podemos anticipar a los lectores de modo seguro el grado en que ello se ha conseguido. El

imponente conjunto de los dos volúmenes redactado en un macizo alemán, que muchos africanistas españoles desconocen, no ha sido leído minuciosamente por nosotros, sino explorado, con penetraciones muy parciales. Esta gran obra no es de las que se leen de una vez, sino

de las que habrán de figurar en lo sucesivo en la biblioteca de los investigadores del africanismo, para consultar en casos concretos y sobre problemas precisos.

Desde luego, puede afirmarse que el esfuerzo del profesor Bernatzik y de sus colaboradores, es colosal, y doblemente meritorio, habida cuenta de las circunstancias en que se ha desenvuelto la publicación de la obra. El texto condensado de los dos volúmenes supone muchos años de investigación directa *in situ* y de ulterior elaboración en laboratorio. Lo que le sucede es común a todas las publicaciones de su género: que las limitaciones de toda obra humana resaltan más, cuando sus perspectivas son limitadas. Además, en esta clase de trabajos colectivos, la desigualdad de las aportaciones es tan inevitable como perturbadora, y más si se combina con el fatal convencionalismo del sistema seguido para clasificar y distribuir los temas del trabajo común. Para nosotros, los españoles, es particularmente penosa esta dificultad, porque el Magreb aparece mezclado con el Sahara en un capítulo de los menos felices, debido a la pluma de Henri Labouret, tan especializado en el África Occidental francesa, como lo contrario respecto de Marruecos, Argelia, Túnez y el A. O. E.; nuestra Guinea se pierde entre los capítulos del Kamerún (debido a Frau Emi Mayer) y el Bajo Congo-Ogüé (debido a J. Glück). Ningún nombre ibérico —ni anglosajón— figura en el equipo de colaboradores continentales del director: teutones y flamencos, italianos y franceses. Otro reproche *a priori* surge de las omisiones padecidas sobre ciertos aspectos sociológicos (educación, trabajo, sanidad, etc.), e económicos (producción indígena, comunicaciones, comercio, etc.) del africanismo, como conjunto cuya fragmentación en los desiguales capítulos impide su enfoque adecuado. Por lo menos si ciertos errores son inevitables —por ejemplo, los de los mapas tribales esparcidos por la obra—, la escasez de estadísticas y lo anticuado de los datos ha de deberse en gran parte a circunstancias de fuerza mayor independientes de las medidas adoptadas por los autores.

Quizá nada mejor para proporcionar una visión de conjunto sobre las características y el contenido de la obra, que

consignar los rótulos de sus partes y capítulos, con algunas explicaciones.

La *parte general* comienza con tres estudios de Bernatzik sobre «Métodos de la investigación etnográfica colonial», «Problemas de europeización» y «Cuestionarios de investigación colonial». El profesor Fritz Kiote estudia a «África como base de asentamiento y aspecto económica de la raza blanca». Egon, F. v. Eickstedt, a los «Órganos de las Culturas Africanas». Dietrich Westermann, a los «Idiomas y su importancia». Kurt Gottschuler, a «Métodos y problemas psicológicos de la investigación colonial», y Werner Maasz, a la «Fiscalidad de los aborígenes». Es, pues, una parte general muy casuística, orientada hacia problemas, en general, concretos, y que no permite el conocimiento de los otros no emparentados con ellos.

La *parte especial* sigue un método geográfico. Dentro de cada una de las regiones estudiadas, se abordan con sorprendente desigualdad problemas parciales, destacando con minuciosidad algunos y resumiendo sobre otros no menos importantes. ¿Por qué? Una explicación parcial está en el interés que ciertas regiones —ex ceptas y Mittel-Afrika de 1913—, tienen para los germánicos o en la mayor abundancia de datos que sobre ellas poseen. Veamos esta parte.

1) África del N. O. comprende un capítulo sobre Egipto de Ettore Ancileri, otro sobre Libia de Francesco Begagiot y otro sobre el N. O. y el Sahara de H. Labouret. 2) Al Sudán se consagra el estudio de Ancileri sobre el Condonimio, de Schilde sobre los pueblos Nilotas, otro del J. P. Lehenig sobre el Churi-Nilo, otro de Adolph Duisburg sobre el Sudán Medio y el Saharico, y otro de Labouret sobre Guinea y Sudán Occidental. 3) Al África Occidental se dedican dos estudios de Westermann sobre la Costa de Oro y Togo, otro de Nigeria del Sur, de Ekhardt v. Sydow, y el citado de Frau Mayer sobre Camarones. 4) En el capítulo del Congo figuran: uno sobre el Belga, de J. Maes, y otro de Glück sobre el Bajo Congo-Ogüé. En el 5), relativo al África Oriental, aparecen los relativos al N. O. (de A. Jensen), los Bedye, de C. C. Rossini, y el África Oriental ex italiana de C. Crestoneffi. Un capítulo sobre «Exigencias Coloniales» aborda los problemas contemporáneos de

la acción colonial en esta región, y se debe a E. Pauli; otros versan sobre Kenia y Uganda (S. Wagner), Tanganica (P. Berger) y Ruanda-Urundi (Maes). El capítulo 6) se refiere a Angola-Sambesia. Lo integran los trabajos de G. Spannsch, sobre Rodesia del N., de A. Volhard sobre Niassa, de Jensen sobre Rodesia del Sur y los *Koise* de K. Krieger sobre Angola, y de Otto-Ilia Zerris sobre las «Necesidades coloniales». El capítulo 7) se refiere a la Unión Sudafricana y se deben sus partes a Volhard A. S. O.), P. C. de Brentz (los *Sotho* y los *Chuanas*), B. Friedrich (los *Ngoni*), Brentz («Necesidades Coloniales»); y H. Field (Mestizos, Asiáticos e Indios. Finalmente, el 8) se refiere a Madagascar y se debe a F. M. Schtizer.

Si para ilustrarnos sobre la obra la comparamos con otra más o menos similar, pero más conocida, el *African Survey*, de lord Hailey, nos encontramos con las siguientes diferencias, bastantes elocuentes: 1) El libro de Hailey se refiere sólo al África subsahariana y continental y omite las dependencias españolas e italianas. El de Bernatzik a toda África. 2) Hailey ha contado con medio centenar de colaboraciones, pero ha reelaborado él todas esas aportaciones y es difícil señalar en cada capítulo una aportación personal. Bernatzik ha seguido el método contrario, más «responsabilizador» si se quiere y menos homogeneizador. 3) Hailey da preferencia al África inglesa y Bernatzik a ciertas regiones, sobre todo del África Oriental. 4) Hailey

es bastante ponderado en la distribución de materias y no descuida el aspecto económico, y material. Sus capítulos versan sobre el aspecto físico, los pueblos, los lenguajes, las cifras demográficas, los objetivos políticosociales, los sistemas de gobierno, Derecho y Justicia, Comunidades de Inmigrantes no europeos; Administración Indígena, Imposición Directa, Trabajo, Estado y Tierra, Agricultura, Educación, Desarrollo Económico Exterior e Interior, Cooperativismo, Minas, Comunicaciones, Estudios y Futuro de los Estudios Africanos. En la mayoría hay una introducción general, una serie de estudios localizados por países, y conclusiones, que se recogen al final en un capítulo de las mismas. Bernatzik ya se ha visto que emplea otro método también ecléctico, pero más pendulizado y dirigido hacia los estudios humanos, preferentemente étnicos. 5) Hailey sienta pocos dogmas. Bernatzik y sus colaboradores son más *continentales*, es decir, más rígidos en sus conclusiones. 6) Hailey acaba sus datos en 1938. Bernatzik en 1946, pero las fuentes de muchos son anteriores y en rigor no pasa a los problemas de posguerra.

En fin, no establecemos más comparaciones. Ahí tienen los africanistas una *opera magna* que bien sentimos no esté traducida al español, y que bien deseáramos se reeditase con alguna aportación española.

J. M. C. T.

J. S. FURNIVALL: *Colonial Policy and Practice. A comparative study of Burma and Netherlands India*. Publicado con la cooperación del Instituto de Relaciones del Pacífico. Cambridge, University Press, 1943, 1 vol. de 368 págs.

La publicación de obras de conjunto sobre la Política Colonial es poco frecuente. Así, su aparición resulta forzosamente interesante. Pero en el caso de la obra del señor Furnivall, este interés se acrecienta doblemente; de una parte, por su fecha: en 1943 muchos de los conceptos clásicos en esta clase de obras durante los últimos cincuenta años han periclitado. Todo está en revisión, incluso los títulos primarios que justifican la presencia de los europeos entre los pueblos menores. En segundo lugar, el li-

bro basa sus principios generales en la observación directa del autor sobre los ejemplos de Burma (Birmania) y la Indonesia holandesa. Es bien notorio que la emancipación política del Asia y de la Insulindia monzónicas, está tan avanzada, que esos dos modelos constituyen los más contravertidos ejemplos que habrían podido aducirse.

El libro no defrauda al lector en su contenido. Sin ser una obra exhaustiva ni definitiva, contiene mucho y a veces claro y terminante. Naturalmente, el lec-

tor no acepta siempre las afirmaciones del autor, pero por lo menos las acoge con respeto por el deseo de objetividad que las preside.

En realidad, la obra contiene dos partes distintas, casi separadas. Una particular de valor más pasajero; otra general, que es la que importa a nuestro estudio. Así en el capítulo de Introducción, «Los Fundamentos de la Política Colonial» aparece ya una distinción que se repite a lo largo del texto: La política colonial en teoría y las realidades de su aplicación en la práctica. La primera se basa en consideraciones ideológicas que han evolucionado desde el celo religioso de España y Portugal, al afán civilizador de los modernos Estados, pasando por el anhelo de ganancias comerciales clásico de la época de las Compañías (bajo otro criterio del período liberal). La práctica se aleja a veces mucho de la teoría. En nombre de ideas bien distintas, vienen a coincidir los métodos de pueblos diferentes, bajo el influjo de realidades coloniales semejantes. El autor soslaya un poco el aspecto polémico y escandaloso de la llamada explotación de los pueblos inferiores». Su principal nota es señalar cómo las fuerzas económicas del sistema occidental capitalista, desbordan las medidas de precaución adoptadas por los poderes coloniales y producen efectos insospechados en la vida de los colonizados. Si colonización supone desde el punto de vista europeo, «prosperidad y progreso», estos conceptos apenas rozan la vida de los nativos. Al contrario, por decir, pero sobre todo en los países de vieja civilización asiática donde existía una sociedad indígena fuertemente jerarquizada, que albergaba manifestaciones de artesanía y cooperativismo, el capitalismo occidental ha interrumpido violentamente su funcionamiento. A él se deben el trabajo forzado, la venta y pérdida del patrimonio territorial indígena, la destribalización, el paro urbano, las crisis cíclicas en el valor de los productos coloniales y el enfeudamiento progresivo de millones de seres a una minoría lejana interesada sólo en sus ganancias y no en la suerte de aquéllos. El cuadro parece recargado; dejamos al autor la responsabilidad de sus tonos. En todo caso, no puede negarse una honrada investigación de las realidades, muy lejana de las actitudes de prejuicio tan di-

fundidas en otros libros de Política Colonial. Para los españoles no puede ser más grato el respeto y la comprensión de los caracteres de nuestra primitiva colonización, así como el reconocimiento del paternalismo precapitalista que inspiró nuestra presencia en Filipinas. A la inversa, con una sinceridad que le honra, el profesor Furnivall destruye el mito de la perfección colonial británica y holandesa en Extremo Oriente. Los dos ejemplos escogidos se complementan. En Birmania, hubo una destrucción total del aparato indígena, y su sustitución por la administración directa europea. En cambio, se dejó el desarrollo del país a empresas indígenas hasta la aparición de los productos minerales de interés mundial (petróleo, rubíes, etc). En Indonesia, por el contrario, se respetó — con la excepción de las regiones primeramente penetradas de Java— el aparato indígena, manteniéndose un sistema de administración europea indirecta a través de los «regentes» manejados discretamente por sus «hermanos mayores» los residentes europeos. En cambio, se acometió la explotación directa por empresas europeas: primero la Compañía, y luego tras de los intentos liberales de Raffles, por el Estado bajo el sistema de cultivo forzoso de Van der Bosch, que el liberalismo y la política «ética» han sustituido por el capitalismo privado. Tan encontrados sistemas han conducido a resultados parecidos: un desarrollo económico forzado, mucho más provechoso para los europeos que para los nativos, y la creación de una clase ilustrada de indígenas descontentos, artífices de la emancipación efectuada cuando el libro se publicó.

Volviendo al contenido del libro, los capítulos II a VII, se refieren a Birmania e Indonesia; para la primera se distinguen tres grandes, —y por qué no decirlo—, convencionales períodos: «laissez faire», que acaba en 1870; «eficiencia y justicia social», hasta 1923, y «democracia política», desde entonces. Los datos son muy minuciosos, pero su análisis nos desviaría.

Los capítulos VIII a XIII son fundamentales. Sus rótulos ya lo indican: Política Colonial; Progreso, Tierra y Trabajo; Higiene y Educación; Progreso, Prosperidad y Autonomía; Reintegración; Colaboración Internacional. Den-

tro de ellos es particularmente interesante el estudio consagrado a las «sociedades plurales»; es decir, las formadas por la yuxtaposición de grupos étnicos de distinto origen, que no se confunden, y cuya contraposición en su coexistencia sirve para mantener el equilibrio al poder colonial dominante.

El autor se pronuncia por un moderno respecto a los sistemas de producción y vida indígenas, dejando las grandes explotaciones que requieren costosos instrumentos técnicos y fuertes reservas de capital a compañías europeas intervenidas por los poderes coloniales. También se pronuncia por una gradual autonomía de los organismos indígenas, que vayaa introduciendo los modernos sistemas en los repositos, hasta confiar al poder local la facultad de defenderse militarmente, y de mantener sus relaciones exteriores.

La influencia del ejemplo de las Filipinas pesa decisivamente sobre el autor. También le encontramos influencias de la doctrina de la «síntesis» entre Occidente y Oriente, de Kat Angelino. Pero ni en Indonesia ni en Birmania o el Vietnam la «síntesis» se ha desarrollado pacífica y felizmente: Recetar es más fácil que practicar, faltando el elemento aprobador del mestizaje y de la asimilación

a la cultura propia, que con todos sus defectos caracteriza a las colonizaciones hispánicas. Otras ideas del autor son más felices: la distribución de los grados de enseñanza entre la vernacular como instrumento pedagógico elemental, y la europea para la alta técnica que forme los profesionales necesarios. La utilización de la Comunidad local —la *desa* o *panyachat*— y la coordinación entre la jerarquía tradicional indígena, los representantes del poder colonial y los técnicos de los departamentos especializados. Las instituciones representativas de tipo electivo directo se nos antojan, por el contrario, menos fáciles de generalizar entre las masas.

En fin, el libro de Furnivall explica bastantes cosas de las acaecidas en el mundo colonial monzónico. De África apenas tiene referencias basadas en los trabajos de lord Hailey y Daffin; de las Antillas y el Pacífico no contiene casi nada. Dentro de esa limitación, la obra habrá levantado ya polémicas indicadoras de su interés en estos momentos de crisis en el arte de gobernar al mundo de color ultramarino. Crisis que el autor ha sabido captar con agudeza y sensibilidad.

J. M. C. T.

W. PANECA: *Dutch Administration in the Netherlands Indies*. Melbourne. F. W. Cheshire. Ltd., 1944, 1 vol. de 120 págs.

----- *The Indonesian Problem. Facts and Factors. What happened since the end of the Pacific War*. 2nd printice. Batavia: Ned. Ind. Gov. Information Service, 1947, 1 foll. de 124 págs.

----- *The Political Events in the Republic of Indonesia*. N. J. The Netherlands Inf. Bureau, 1948; 1 foll. de 64 págs.

Hemos agrupado en una sola nota bibliográfica a los tres textos anteriores, porque en cierto modo se complementan entre sí. La primera es una obra nustrumana particular. Está escrita cuando aún el Japón ocupaba la Insulinidia, pero ya se veía que sería derrotado. Díjase que en ella palpita la inquietud holandesa por la suerte del rico archipiélago, como si a pesar del optimismo de la propaganda oficial, algo les dijera a los batávicos, que no podría volverse a la situación de anteguerra.

La obra expone la acción oficial de la Metrópoli, para gobernar sus Indias Orientales y hacerlas florecer. La expo-

sición selecciona los que juzga trozos más característicos de la obra holandesa, que salen también los más favorables: los principios políticos del bienestar general; la preparación, muy cuidadosa, de los funcionarios y técnicos, la labor sanitaria, la defensa del patrimonio indígena, la provisión popular, la educación, el libre comercio, el crecimiento industrial, el sistema gubernativo y administrativo, el régimen judicial y la tendencia reformista y correctora de errores.

El lector sale, en efecto, convencido de que la administración holandesa estaba servida por personal conocedor de los problemas locales y amante de su tarea;

que los holandeses respetaban los sistemas indígenas de vida, en todo lo que no se interferían con sus planes políticos o económicos; que las minorías estaban protegidas; que la mayor parte de los indígenas vivían trabajando y que una minoría había logrado capacitarse profesionalmente. Y que la Metrópoli no había cerrado las riquezas del país al capital extranjero, manteniendo una «puerta abierta» más amplia que los regímenes de otras posesiones próximas.

Ahora bien: la crisis económica mundial de 1929-33, coincidente con la expansión de los productos japoneses a bajo precio, alteró ese idílico panorama. Por otra parte, y detrás del libro, algo quedaba por ser señalado. No todo era paradisíaco en Insulindia. Sin remontarnos al clásico «Multitud» de Max Havelaar, es lo cierto que la política de buen ordenamiento de las vacas indonesias, o si se quiere de los 70 millones de indonesios, chocaba en 1941 con los anhelos de los 40 millones de javaneses, dirigidos por los ingenieros, médicos y abogados nativos con título europeo, pero en posición subordinada.

Resulta cómodo echar la culpa a la ocupación nipona de lo ocurrido. Sin duda que fué la causa próxima del estallido, pero no la única ni la fundamental. Para explicarnos lo sucedido desde un punto holandés —que se presenta como europeo e imparcial—, las otras dos publicaciones nos relatan los hechos posteriores a 1945. Ambas provienen de los servicios holandeses de propaganda, y a través de su anonimato se ve la inspiración de un discutido político holandés, jefe del Gobierno provisional constituido en Batavia en 1948.

La primera publicación nos presenta el sábio nacimiento de la República indonesica como herencia preparada por los japoneses y desarrollada aprovechando el interregno entre la capitulación y la presencia de fuerzas metropolitanas. Desorden, corrupción, crecimiento de las influencias subversivas lejanas, violencias y crímenes, paralización de la vida

económica y agresiones contra los pueblos indonesicos reacios a la aventura republicana, es el cuadro, que con abundancia de testimonios gráficos se nos presenta. A pesar de ellos, el acuerdo de Linggadyati (cuyo texto figura en los dos obras) prueba la buena fe y la moderación metropolitana, correspondida por una actitud tan hostil que fué precisa la ocupación de parte del territorio indonesico. Sjarifoeddin y Hatta se nos presentan como visionarios desbordados por las masas. Soekarno como un único profesional del medio; Sjahrir como una encarnación del odio al europeo. Los acontecimientos posteriores revelan que una buena parte de estas exposiciones era exacta. Lo que se calla completa la verdad de lo acaecido. A los españoles, tan viejos en la vida colonial que casi estamos ya de vuelta, nada de lo narrado nos sorprende. Hemos conocido dificultades mayores, sin tener, como Holanda, la solidaridad, y hasta el apoyo armado de otros pueblos occidentales para reconquistar lo insurreccionado. Porque Inglaterra y los EE. UU., a despecho de su laborismo y de su anticolonismo, han ayudado a su aliada menor a restablecer un orden muy favorable para sus empresas comerciales. El estado de los javaneses en 1945 no es inferior al de los filipinos en 1898. Y, sin embargo, España fué expulsada del Pacífico, tras de la máscara de la emancipación de los filipinos, a la que siguió una desearada anexión al país liberador. Resulta curioso que los medios que ocupan y estimulan irresponsablemente las agitaciones en el África del Norte, maniobren en sentido contrario cuando de sus intereses se trata en otros lugares. Y no es que la obra holandesa esté llamada a tener fin. Indudablemente aún les queda a los indonesios que recorrer bastante camino para su capacitación. Ninguna asistencia mejor y menos onerosa que la de sus antiguos metropolitanos. Pero siempre dentro de situaciones y formas a tono con el ritmo de los tiempos.

J. M.<sup>a</sup> C. T.

MARÇAIS (George): *Le Berbérie musulmane et l'Orient au Moyen-Age*. París. Aubier, Editions Montaigne, 1946, 1 vol. de 312 págs.

Intentamos presentar al lector una obra cuya significación no comprendemos exactamente. No es divulgadora por la minuciosidad de sus datos. Tampoco es fruto de una investigación original; o por lo menos no añade nada a los trabajos del autor sobre Berbería aparecidos nada menos que en 1913. Nos resistimos a clasificarla como fruto del *dilettantismo* histórico de un sabio envejecido. La obra quiere ser una monografía que llame la atención de los lectores sobre un aspecto que el profesor Marçais juzga descuidado, de la historia berberisca: las relaciones con el Oriente en la Edad Media.

El *leit motiv* de estas relaciones es la continua vacilación entre las tentativas orientales de subversión de Berbería, y las relaciones berberiscas, afirmando una personalidad impuesta por el medio geográfico y por el agente humano. En rigor en esa serie de tentativas de desigual resultado, el Oriente musulmán continúa al preislámico, pues si los Imperios preclásicos no lograron pasar la Gran Sirte, en cambio Bizancio dominó hasta el Estrecho. Pero la acción musulmana será distinta. En lugar de una dominación marginal, superpuesta a pueblos que no logró fundir, obtiene un éxito insospechado: la islamización de la Berbería. Esta islamización, que el libro no acaba de aclarar por qué se produjo, aunque narre cómo se produjo, va acompañada de la arabización parcial. Entendiendo por parcial, decreciente de Este a Oeste. Túnez queda completamente arabizado. De la lengua púnica de San Agustín no queda nada; Argelia —actual— casi toda; Marruecos actual, sólo en una mitad, urbana, Banera y oficial.

El autor destaca con énfasis que no fueron las primeras correrías superficiales de los orientales, sobre todo árabes, las islamizadoras, sino la gran invasión hisálica en el siglo IX. Hasta entonces, las minorías cristianas y judías, y los grupos aislados montañeses viven su vida inalterada. El poder político se sienta sobre formaciones fugaces, más o menos regularmente sometidas o dirigidas

desde el Oriente árabe. Después, y por una extraña paradoja, el ensamblaje produce formaciones independientes que oscilan entre dos polos de atracción: el Oriental y el Occidental, éste en su mayor parte español. Pero cuando el lector espera con ansiedad una versión original del aflujo y reflujo iberomagrebí, se encuentra con trozos de relatos viejos, subestimatorios de su papel por comparación a la atracción del polo Oriental. Hay en este aspecto una involuntaria si no injusticia, al menos contradicción. El autor no cesa de afirmar que es la superioridad y la proximidad de la civilización andaluza las que dan su originalidad a los medios de vida berberiscos. Desde la época omeya a la expulsión bajo Felipe III, intelectuales, guerreros, estadistas, profesionales y artesanos, están emigrando continuamente a través del mar, para constituir las capas superiores de las que han salido la civilización urbana y pacífica de Túnez, superior a sus vecinos berberiscos, y lo que en Marruecos había de estable, incluyendo el Majzen. Pero en contraposición, ni el arte ni la técnica andaluza transfieren lo suficiente la fisonomía de estas prolongaciones del Oriente, para alterar su sello oriental. Más aún: el Norte de África aparece como perenne dueño o director de los rumbos de la vida peninsular, a la que está enviando oleadas que en el final del libro acaban con la triada Almorávide-Almohade-Beni Merin. El lector no sabe cómo de pronto aparecen los cristianos en el Estrecho, ni cómo pueden los inferiores mantener su superioridad faltos de base para ello.

No se crea, por la anterior objeción, que el libro carece de valor. Ni mucho menos. El profesor Marçais ha incurrido solamente en el viejo defecto ultrarrománico, de ocuparse de cosas de España —o tocándolas muy de cerca—, sin profundizar mucho en sus fuentes. Aunque este libro, destinado a los no arabizantes sólo se nate de los redactados o traducidos en una lengua Occidental, apenas media docena de nombres hispánicos —el más nuevo de 1929—, se fil-

tran en sus copiosas llamadas bibliográficas. Aparte de esto, el autor resulta ser profundo conocedor del detalle, desconcertante y confuso para el lector, de los incesantes cambios experimentados en el escenario descrito, durante el período que cubre el relato. Quizá sea poco sistemática la mezcla de los diferentes aspectos de ese relato; el autor ha preferido sacrificar a la sintonía la claridad mediante la agrupación de los capítulos similares.

La obra contiene tres partes. En la primera, «Berbería bajo la tutela Ori-

tal», hay tres capítulos: Orientalización. Renacimiento (siglo ix) y Crisis (época fatimita). En la segunda, sólo uno consagrado a la «Invasión hilali», con especial atención para la salida al mar de los senhaya. En la tercera, «Liberación de Oriente», otros tres capítulos: Ascensión mogrebí (almorávide), Apogeo (almohades) y Declinación. El lector juzgará por los epígrafes, no sólo de la ponderación del plan, sino de la orientación del autor.

J. M. C. T.

EMILIO GUINEA: *En el país de los Pámús*. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1947, 160 págs.

El autor no ha pretendido en este libro otra cosa que hacer un relato anecdótico de sus peripecias en las selvas de la Guinea Continental adonde le llevaron otros propósitos de más envergadura, que dieron por resultado el magnífico libro ya señalado en estas páginas titulado *Geobotánica de la Guinea Continental*. Se trata, pues, de un libro resultante de observaciones accesorias, necesariamente superficiales, ya que la búsqueda de las plantas era el principal objetivo.

Nos ofrece Guinea una amena narración en que incidentes pintorescos y descripciones literarias sirven de pretexto para atinadas observaciones sobre el medio humano que encuentra en sus recorridos y que hacen lamentar la falta de preparación especializada y la brevedad de la estancia, pues de lo contrario la aportación del señor Guinea al conocimiento de nuestra colonia en su aspecto etnográfico hubiera podido equipararse

al por él realizado en el aspecto botánico.

El libro resulta de gran amenidad e interesante para conocer las impresiones personales del autor ante un medio tan en contraste con el suyo habitual como la selva guineana. La embriaguez florística de los primeros momentos deja paso poco a poco a una soterrada nostalgia de mundo civilizado. El último capítulo es un canto a la ciudad. «Ni una palabra más del bosque. No más padecer la dolorosa incomprensión de aquellos hombres primitivos. El sufrimiento que produce luchar con su mentalidad tan divergente de la del blanco, se hace a veces difícilmente tolerable.» «Esta es la lección más importante que aprendí en mi recorrido de este verano por el bosque. La de estimar como una cosa maravillosa la civilización del hombre blanco.»

L. T. F.



TEXTOS

